**Domingo de Pascua de Resurrección (A). 16.04.2017: Juan 20,1-9**

***“Muy temprano…, María Magdalena fue al sepulcro”* Y yo lo escribo… ¡CONTIGO!**

Después de habernos propuesto la lectura de la pasión y muerte de Jesús de Nazaret tal cual nos la contó el Evangelista Mateo, las autoridades vaticanas de la Liturgia y el Misal nos piden leer y meditar la narración evangélica de las apariciones del resucitado siguiendo el texto del cuarto Evangelio. Con esta propuesta, quien asista a esta liturgia nunca llegará a comprender por qué Mateo nos habla de Jesús de una manera que no suele coincidir con el Jesús del que nos habla Juan. Constato esta realidad y que cada lector decida qué hacer en cada momento.

He comenzado este comentario con las mismas palabras con las que comienza el relato del evangelista: *“Muy temprano, el primer día de la semana, María Magdalena fue al sepulcro y vio que la piedra de la entrada estaba quitada. Echa a correr y llega a donde Simón Pedro…”* (Juan 20,1-2). Más bien menos que más, así también comienzan los demás evangelistas sus narraciones sobre ‘el sepulcro vacío’ como antesala de la llamada ‘resurrección de Jesús’.

Debo añadir otro dato que constato en las decisiones de los responsables de la liturgia. El texto de Juan 20,10-18, que es la continuación de 20,1-9 y es también el contexto de 20,19-31, no se nos leerá en ninguno de los domingos de este año. ¿Qué cuenta este narrador del cuarto Evangelio en 20,10-18? La experiencia de fe de María Magdalena en Jesús de Nazaret y su compromiso de compartir esta fe con los seguidores de ese hombre de carne y hueso, laico y galileo, el hijo de José y de María (Juan 6,41-42).

¿Por qué, y es un algo más que una nueva pregunta, esta realidad contada así y aquí sobre la identidad y la misión de la primera creyente cristiana llamada María Magdalena está clamorosamente silenciada por ese otro creyente llamado Pablo de Tarso en su decimoquinto capítulo de la primera carta a la comunidad de Corinto? ¿Por qué ese silencio de Pablo y de la casi totalidad de la tradición eclesiástica de siglo tras siglo?

Me escandaliza este clamoroso silencio de Pablo cuando leo en su carta primera a los Corintios 15. Ni una palabra sobre María Magdalena. Y sobre las demás mujeres, nada dice Pablo y nada dice el Evangelio de Juan, pero que explícitamente recuerdan los Evangelios de Marcos, Mateo y Lucas. Ésta y éstas son nombradas como las primeras creyentes en la persona de Jesús: *“Pasado el sábado, María Magdalena, Salomé y María la de Santiago compraron perfumes… Fueron al sepulcro… Vieron a un joven sentado y vestido de blanco… Buscáis a Jesús de Nazaret… Id a Galilea… Allí lo veréis… Decídselo a sus discípulos…”* (Marcos 16,1-8).

Mateo, sin olvidar esta narración de Marcos, añade otros datos de su investigación como cambiar el joven de Marcos por un ángel, o el temor de las mujeres por la alegría, o el silencio del Resucitado por esta constatación: *“Jesús salió a su encuentro y las saludó…”* (Mt 28,1-15). Lucas, en vez del joven de Marcos o el ángel de Mateo, nos dice que fueron dos hombres con vestidos ‘deslumbrantes’ (¿de lentejuelas?). Y nombra a otra mujer, Juana, como en Lucas 8,1-3). Añade además otro dato nada sospechoso: Pedro no cree lo que andan contando estas mujeres sobre Jesús y se va corriendo y solo al sepulcro y se quedó… ¡admirado! (Lucas 24,1-12). Entre tanta variante, ¿por qué siempre permanece la presencia de MM y de las mujeres?

**Domingo 21º del Evangelio de Marcos (16.04.2017): Marcos 6,1-6**

***Buscáis a Jesús de Nazaret… Id… a Galilea. Allí le veréis* (Marcos 16,6-7)**

Leo, sitúo y comento Marcos 6,1-6. Jesús sigue en Galilea. Es su tierra. La conoce bien. Está en su casa. Y sus gentes le conocen también a él. La narradora de la noticia de Jesús también es de estos lares. Magdala es un poblado de la redonda región de los galileos en la orilla occidental del lago: *“Salió de allí y vino a su patria y sus discípulos le siguen* (sus discípulas también le siguen, como sabemos por haberlo leído en este mismo Evangelio en 15,39-47). *Cuando llegó el sábado se puso a enseñar en la sinagoga. La multitud al oírle quedaba maravillada… Y se escandalizaban por su causa”*.

Y también Jesús estaba escandalosamente maravillado por su falta de fe. En el espacio de la tierra de su casa y su sinagoga y en el tiempo de un día de sábado, la evangelista nos sitúa a Jesús y a sus paisanos maravillosamente escandalizados. Este escenario y estas actitudes nos resultan familiares en este Evangelio. Ya las hemos leído y comentado al detenernos en los anteriores tres primeros capítulos. La admiración y el escándalo son mutuos.

Cuando leo este breve relato, y otros semejantes de esta peculiarísima forma de contar el hacer y decir de Jesús, se me queda bailando entre las neuronas un inquietante interrogante: **¿Quién eres, quién fuiste, Jesús de Nazaret?** Imagino que al hablar aquellos sábados en aquellas sinagogas harías algo semejante a lo que cuenta el relato de Lucas 4,14-30. Enseñabas a leer e interpretar de manera novedosa los mensajes de la Ley de Moisés y de los profetas. Compartir abiertamente con quienes te escuchaban acabó resultándote peligroso (3,1-6).

**¿Quién eres, quién fuiste, Jesús de Nazaret?** No eras sacerdote ni hijo de sacerdote. No eras rabino ni hijo de rabino. No pertenecías a ningún movimiento de tipo religioso como los escribas, saduceos o fariseos. Hoy, diría más de uno, no pertenecías al clan, a la casta, al partido, al movimiento, a la causa, al sistema… ¿Ibas por libre? Liberabas, desencadenabas…

**¿Quién eres, quién fuiste, Jesús de Nazaret?** Seguro que María Magdalena ignoraba que fueras la segunda persona de la Trinidad. ¿Quién sabía que venías como ‘El Redentor’? ¿Pedro, Santiago y Juan? ¿Lo sabían, se lo callaron y te abandonaron (Mc 14,43-51)? ¿Sabías tú mismo que eras el hijo único del dios único de todos los cielos de toda la historia y la eternidad? Todos te conocían como el hijo de María y del carpintero. ¿Carpintero o ‘chapuzas ilustrado’, jefe de mantenimiento en las mejores mansiones romanas de la cercana villa de Séforis?

**¿Quién eres, quién fuiste, Jesús de Nazaret? ¿Un profeta?** Esta es la palabra que pone en tu boca la narradora de tus hechos y dichos: *“Un profeta sólo es despreciado en su tierra, entre sus parientes y entre los suyos”* (Marcos 6,4). En tu anterior estancia por esa tierra (Marcos 3,20-21), hacía poquito, las gentes de tu casa y familia ya te había catalogado como una persona ‘fuera de sí’, loca o enloquecida, y que no estabas en tus cabales. ¡Qué cruz!

Para llegar a comprenderte, Jesús de Nazaret, ¿tendremos que conocer a Natán, el profeta que no se calló ni ante David, el Rey? ¿O conocer a Elías, el profeta de estas tierras del norte? ¿O tendremos que mirarnos de frente unos a otros hasta romper las cadenas que nos separan?